

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La educacion más conveniente á las niñas, por D. Salvador Costanzo.—Literatura: *Para la guirnalda fúnebre de la señorita Genoveva Eulalia Agustina Charmy*, poesía, por D. José María Perez Limardo.—*Maternidad*, por D. Evaristo Fombona.—*Á mi madre en Semana Santa*, poesía, por D. Carlos Cano y Nuñez.—Galería histórica, XX: *Carlota Corday*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*La luna y los luceros*, poesía, por D. Dámaso Delgado Lopez.—*Un loco del Siglo XV* (conclusion), por doña Rogelia Leon.—*El Sacrilego*, cuento (se continuará), por D. Julian Castellanos.—Revista de modas: *Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Explicacion de la lámina de confecciones que repartimos con el número anterior.—Variedades. Pliego sétimo del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar. Pliego sexto de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

LA EDUCACION MÁS CONVENIENTE Á LAS NIÑAS.

La mujer que es infinitamente superior al hombre por el temple muy delicado de su alma, por sus inclinaciones dóciles y apacibles, por su amor á la justicia, y por su modestia y pudor; se ha visto condenada á sucumbir á mil miserias; se ha visto abrumada de dolores y convertida en juguete de la desventura desde los primeros años de su juventud

hasta su decrepitud; se ha visto, en fin, despreciada por haber recibido una mala educacion, que separándola de los principios de la moral, la ha obligado á revolcarse en el cieno de la universal corrupcion. Los siglos, en vez de purificar su alma han convertido su inocencia en malicia, su candor en disimulo, y han levantado una barrera entre la virtud y los vicios, dejando á estos últimos un anchuroso campo que recorrer, y aprisionado á la primera en límites muy estrechos ¡viciosa educacion!.... ¡Madres, que sosteneis á vuestras hijas inocentes en vuestro amoroso regazo, no os lastimen mis palabras! El bello sexo no necesita ciencia, sino buenos consejos, y por eso quiero manifestaros lo que me dicta hoy el corazon, persuadido de que la rectitud de mis intenciones puede suplir á la falta de elegancia de mi tosca pluma.

¿Ignoramos acaso en qué estriba la felicidad del humano linaje?... en el candor del corazon, en la modestia, en la inocencia, que revela el rostro de vuestras hijas en el primer abril de sus años. Haced, pues, que conserven siempre estas sublimes dotes, que sea esta vuestra obra muy santa, la menos difi-

cil y la más resplandeciente entre las que doran la vida. Para cumplirla no se necesitan profundos estudios, porque la virtud no reside en los secretos de la ciencia, ni en el farrago de una erudición tan indigesta como inútil; bastan los buenos ejemplos en el terreno práctico, acompañados de sanos preceptos. Las palabras que se desprenden de los labios maternos con afecto y cariño hacen brotar en las almas juveniles gérmenes muy saludables, que andando el tiempo se convierten en frutos celestiales. Dios nos ha creado para ser virtuosos, porque el vicio repugna á su eterna justicia. Las madres, pues, faltan al más sagrado de sus deberes si se limitan únicamente á alimentar y robustecer el cuerpo de sus hijas, dejando en un completo abandono su espíritu. Una niña, que se lanza al mundo sin una madre amorosa que escude su inocencia, podemos compararla á una flor, que apenas nacida, se queda sin colores y deshojada como si la hubieran azotado los vientos: ¡triste y lastimoso espectáculo! Entonces su modestia setransformará en desenvoltura y orgullo; y esa niña desventurada, combatida por pasiones tempestuosas y violentas, buscará en vano un refugio y un puerto de salvación, cuando llegue el día de los desengaños y del arrepentimiento.

Madres amorosas, si inoculaís en el pecho de vuestras hijas los principios justos y santos de la verdadera virtud, la desgracia no abatirá nunca su espíritu; y no olvidemos que la inocencia y la modestia de una mujer son el bello ideal de los ángeles en la tierra.

Si una niña se sonroja, bendigamos el pudor que colora su fisonomía con el carmin de las rosas: Diógenes dijo á un niño, que se ponía con frecuencia colorado: *Animo, muchacho, veo en tu semblante el color de la virtud.*

La niña, que en las vicisitudes de la vida y en la lucha continua de ideas y acciones no siente matizadas sus mejillas por el pudor, da indicios de costumbres ásperas y duras y de malas inclinaciones. Los años juveniles deben sentir la fuerza de los rayos del sol y el frescor de los auras de la noche, como las yerbas, variamente coloradas, que alfombran los campos: sin pudor no hay inocencia, sin matices no brillan las yerbas ni las flores. Pero el pudor no debe confundirse con la cortedad; y así como una excesiva modestia degenera en humillación, la falta de pudor raya siempre en desfachatez.

Madres amorosas, que aprendan vuestras hijas

estas tres cosas, muy recomendadas por Sócrates: *Simplicidad en el corazón; silencio en la boca; pudor en el rostro.* Pero si quereis que sus virginales virtudes adquieran cada día más fuerza y vigor, inspiradlas sentimientos religiosos, inspiradlas el santo temor de Dios. El culto de adoración al Sér Supremo es el bálsamo, que cura las heridas del alma y que apacigua las tempestades de la vida, es el talisman que acompaña y sostiene el corazón en sus adversidades y fatigas.

¿Qué es la hermosura, qué son los encantos y los hechizos de la juventud, qué son las galas deslumbrantes y la alegría de los primeros años, si el corazón está desabrigoado, sin el amor de Dios y sin el santo pudor en que estriban todas las demás virtudes propias del bello sexo?

El alma tiznada por la impiedad, no reconquista su brillo con el oro: donde huyó la fé, donde la modestia ha cedido el puesto á la impudicia, estampa sus huellas el crimen. ¡Cuán grande es la diferencia que media entre la mujer que marcha resueltamente y con frente serena por la senda de la virtud, y la que encenagada en el lodazal de vicios abominables, corre al precipicio! La primera convierte en rosas los abrojos y las espinas con que tropieza; al paso que la segunda ve marchitar bajo sus pies los lirios y los jazmines.

¿Habeis visto alguna vez á la jóven de tiernos años pálida como la muerte llevando por do quiera intranquilos sus ojos, ahogando en el pecho los suspiros, sin ánimo ni esperanza?... ¡Madres, esa niña no tuvo quien socorriera su desamparo; la flor de su pureza la helaron los frios del abandono, y nadie sembró la fé en su alma afligida!... ¿Qué turbación agita su espíritu? ¿quién enjugará sus lágrimas? ¿quién escuchará sus lamentos?... ¡Nadie!... ¡qué desolación, qué tristeza, qué desconsuelo!... ¿No podrá aliviar sus pesares el Dios que perdona?... ¿No cree en Dios!... ¿quién apaciguará sus remordimientos?... ¡Nadie! ¿qué recurso queda, pues, á esta niña desventurada?... ¡Ninguno, sino el de morir en el seno de su desesperación!

La caridad infinita y el cúmulo de todas las virtudes se encuentran únicamente en el temor de Dios. La mujer que teme á Dios, dice San Pablo: *Es púdica, modesta, paciente, es casta en su tálamo nupcial, es dulce y moderada en sus costumbres, sin temeridad y sin orgullo, no tiene ambición, no es movida por intereses mundanos, es tolerante, no se irrita, no discurre á*

mal, no se alegra de la injusticia, se complace con la verdad, lo sufre todo con resignación. Todas estas sublimes dotes son el fruto de una educación santa; son lo que produce de más perfecto la fe y la esperanza; son el fármaco que cura todas las dolencias del alma; son el único amparo que remedia todas las miserias.

Madres, de nada sirven las pompas y vanidades del mundo: las riquezas, los honores fútiles, que prodigan los que ocupan elevados puestos, sus dones no salen del estrecho círculo de la vida y quedan encerrados en la oscuridad del sepulcro. Madres amorosas, que marchen vuestras hijas con seguridad por la buena senda que conduce al santuario de todas las virtudes domésticas, de esas virtudes que se apoyan en el cumplimiento escrupuloso de los preceptos divinos. La ley del Crucificado rechaza el vicio, y manda á las madres que eduquen santamente á sus hijas; pero está muy lejos de prohibir á las niñas las diversiones propias de su edad, y el uso de aquellos modales graciosos y corteses, que sin ofender el pudor, pueden contribuir á su felicidad. Una educación escesivamente rigurosa, dice San Francisco de Sales, da un aspecto rudo y repugnante al bello sexo, y un tinte salvaje á las que Dios ha dispuesto en su alta sabiduría, que sean buenas consortes y amorosas madres de familia.

SALVADOR COSTANZO.

LITERATURA.

Algo hemos dicho en nuestra publicación, sobre el Dr. D. Ricardo Ovidio Limardo, abogado venezolano, amigo nuestro, caballero ya ventajosamente conocido entre nosotros. Hoy tenemos el gusto de insertar la siguiente composición de un sobrino suyo, el Dr. D. José María Pérez Limardo, joven venezolano, apenas de 22 años, cuyos escritos políticos y literarios revelan gran talento, vivísima imaginación y una alma de muy buen temple.

PARA LA GUIRNALDA FÚNEBRE

DE LA SEÑORITA

GENOVEVA EULALIA AGUSTINA CHARMY.

Sobre su lecho
Vengo á poner una flor
Con suspiros de mi pecho.
A. CALCAÑO.

La triste noche estiendo
Su inmenso negro velo,

No da su ruido el suelo
Ni su murmullo el mar:
¿De quién será un gemido
Que en mis oídos deja
El áura, que se aleja
Con trémulo vagar?

Sentado en tronco añoso
El codo en la rodilla,
La mano en la mejilla,
Está un triste cantor;
Parece que le aqueja
Alguna cruda pena,
Que el sino le encadena
Al poste del dolor....

¿Quién es, que tan doliente
La muerte invoca en vano....?

«El cisne americano

De canto celestial....»

Más ¡ay! llorad, favonios....

Robóle muerte fiera

La tórtola hechicera

Que amaba en el erial!

¡Quiebra tu lira, TORRES,

Sobre su losa fría!

Tu diva melodía

Que no se escuche ya!

Á un ángel fué que amaste

Que se posó en el suelo.

¡EULALIA era del cielo!

Debió vivir allá.

Jehovah te lenifique

Tu cuita lastimera:

¡EULALIA en la alta esfera

Te aguarda con amor....!

Lloro contigo, bardo,

Tu amarga cruda pena:

Ya el hado te encadena

Al poste del dolor.

Mérida (ciudad de Venezuela) 1864.

MATERNIDAD.

Reconoce la mujer el dulce imperio de tan alta dignidad, cualquiera que sea su gerarquía, hasta que el vicio, disfrazado de distinta manera estraga los nobles instintos de su noble corazón.

Si por su índole la mujer es digna de todo nuestro respeto, la mujer que es madre es digna de toda nuestra veneración. No desmienta nunca su carácter la mujer, y será siempre gloria de la familia y ornamento de la sociedad.

Si la unión matrimonial ha de ser íntima, absoluta, perpétua, indestructible, según el dogma católico, la verdad de las verdades, procure la mujer que no sufran menoscabo los fueros de esa unión íntima, absoluta, indestructible; procure conservar sobre su frente, y en todo su brillo, la corona de la maternidad, talisman de su ventura.

COMO PRIMER DEBER, LA MADRE DEBE CRIAR Á SUS HIJOS.

Si se nos trasmite en la lactancia, según creencia de Platon, el germen de nuestras virtudes ó de nuestros vicios, debe estremecerse una madre al reflexionar este punto.

«¿Cómo había yo de sufrir que una mujer cualquiera me usurpase el título de madre que me han dado Dios y la naturaleza?» Prorrumpió Blanca de Castilla, reina de Francia, madre de San Luis, aconsejada de que no diese el pecho á su hijo *hallándose enferma*.

En madrastra, convierten á la madre las costumbres del siglo que arrancan el florón á la corona de la eternidad. ¡Por eso se rompen tan fácilmente los vínculos de familia!

¡Crecemos extraños á las caricias maternas, y somos como extranjeros en nuestro propio hogar! ¡Principia mal la vida, y continúa mal la vida, y acaba mal la vida!

En nuestra condición física, en nuestra condición psicológica y en nuestra condición moral, influye la lactancia. «Lo que se aprende en la cuna, siempre dura.» «Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.»

La historia de las nodrizas mercenarias es una historia que estremece. Por ese camino entra muchas veces el contagio en nuestro hogar, y tendrá razón para maldecirnos una larga descendencia que llora como dádiva nuestra la dádiva de la vida.

¿Qué afecto tendrá al hijo de vuestro amor una nodriza mercenaria que os vende sin escrúpulo la vida de su propio hijo? ¿Y tomáis en cuenta sus condiciones fisiológicas, sus condiciones morales, y hasta sus condiciones intelectuales, para confiarle tan delicada función? «*Amas son llamas.*» No puede ser buena nodriza mercenaria, ni una mujer idiota, ni

una mujer de estragadas costumbres, ni una mujer que si nos parece sana tiene viciosa su ascendencia. ¿Somos tan escrupulosos en asunto de tanta gravedad? ¿Qué sirve que dejemos una fortuna á nuestros hijos, si esa fortuna ha de amargar más su existencia? ¡Tántalos desventurados, la sed les devora, y no pueden apagar la sed. En el centro de la gloria de la vida, ellos solos apuran el ajeno de la desgracia. Y un día y otro día como Ixion, sin ventura, condenados á perpétuo afán.

No es digna de amor la mujer que sin grave causa no cría á sus hijos. No es penosa la función si la madre, es buena como debe ser buena una madre.

Si hay amor en quien cumple un deber, es dulce, muy dulce el cumplimiento de ese deber. ¡Y cómo no ha de haber amor en una madre! ¡Y cómo no ha de ser dulce ese sentimiento! ¿Es poco la sonrisa angelical, la tierna mirada, la divina expresión de un pequeñuelo, al comprimir con sus labios el pecho de una madre? ¡La vida responde á la vida! ¿Y hay gloria mayor que esa gloria, placer más vivo que ese placer?

Ahí principia ese sentimiento de adoración que nos inspira una madre, y que no se extingue jamás. El amor que se bebe en esa fuente, es perdurable; porque esa fuente es fuente de agua viva.

Es tan escrupuloso en ramo de nodrizas mercenarias un gran médico español, que, á su juicio, no ha de tener la nodriza ni dañada dentadura, ni mal aliento, porque arguyen vicio de los jugos gástricos: ni ha de tener ningún mal cutáneo... ni ha de ser fea, porque la mujer fea, por lo regular, es iracunda y quimerista... ha de ser pacífica, vigilante, de buen corazón... Aseado el cuerpo y aseada el alma.

¿Es verdad que nos parecen impertinentes estas preocupaciones? ¿Es verdad que para criar á nuestros hijos aceptamos la primera nodriza que se nos presenta, sin pararnos en exámen, ni detenernos en escrúpulos? ¿Es verdad que salimos de una envenenadora, porque una nodriza enferma es una envenenadora, y entramos en otra y otra envenenadora sin afligirnos siquiera? ¿Es verdad que nos parece de un orden tan secundario este negocio *nodriza* que no le consignamos ninguna atención?

No es digna de ser madre, la madre que por amor al mundo renuncia al amor de sus hijos.

Es siempre repugnante el egoísmo; pero el egoísmo de una madre es una impiedad. ¡Cuántas veces corre triste en nuestro propio hogar, corre triste,

como en la Inclusa, la infancia de nuestro heredero! ¡Cuántas veces pasan días y días sin ver la pobre criatura otro rostro que el rostro huraño de su nueva madre, cuyo desamor se revela en su gesto y hasta en sus acciones! ¡Temprano sufre los dolores de orfandad el pequeñuelo! ¡Viven sus padres, y no ve á sus padres, ni conoce á sus padres! ¡Ve á su nodriza, y no conoce á su nodriza! ¡Ay! ¡Si estas pobres criaturas pudieran revelarnos en nuestro idioma las angustias de su alma! ¡Qué siniestras revelaciones nos harían esos pequeñuelos, tan fácilmente encomendados á una nodriza sin entrañas!

¡Y tan encantadora la edad infantil! ¡Y tanto que embelesan sus gracias y enamoran sus atractivos! Sin conciencia del mal, es ternura todo su corazón, y todo su espíritu encanto. La timidez acerca el niño á nosotros, y sediento de cariño nos extiende sus brazos, y en su pupila animada nos revela el fuego de su inefable amor. Y como una mirada tierna le anima, una mirada torva le mata. ¡Cuántas torvas miradas recibe de una nodriza mercenaria el triste pequeñuelo!

¡Y tanto que quería á los niños Jesús!

«Dejad que los pequeñuelos se acerquen á mí,» decía el Salvador.

Más tarde nos lastima la tibieza del amor filial, y no es mas que el reflejo de nuestra tibieza. El desamor se paga con desamor. Fueron mercenarias las primeras sonrisas y los primeros halagos que conoció la criatura, y bajo sonrisas mercenarias y halagos mercenarios no late amoroso el corazón. Hay un instinto que no engaña al pequeñuelo: como siente el amor, siente el desamor. Influyen en toda su vida las memorias de su primera edad: hagamos que influyan para su bien, que es nuestro bien.

Es nuestro parecer que la crianza metódica, lejos de destruir, conserva la salud de la madre.

Vale más nacer en humilde cuna, y tener madre, que nacer en alta cuna y tener madrastra; y las madrastras crecen..... nuestra ilustración avanza.... ¿Qué será de las familias si cae deshojada en medio de tanta luz la corona de la maternidad?

Nuestras antiguas matronas vivían para sus hijos, y vivían para la sociedad: venerable es su memoria. Vivan para la sociedad; pero vivan también para sus hijos nuestras modernas matronas, y si quieren amor de sus hijos, tengan ellas amor de madre.

Ya ven á qué precio ha de brillar en sus sienes

la corona de la maternidad. Como PRIMER DEBER, LA MADRE DEBE CRIAR Á SUS HIJOS.

EVARISTO FOMBONA.

Á MI MADRE EN SEMANA SANTA.

DEDICADA

A MI QUERIDA HERMANA ANTONIA.

En aquestos tristes días
De amarguras y de luto,
En que todos un tributo
Ofrecemos al Señor;
Me recuerda la memoria
Una mujer, cuyo nombre,
Es el consuelo del hombre,
Su mayor dicha y su amor.

«¡Madre!» cuando yo pronuncio
Este nombre que amo tanto,
Brotó á mis ojos el llanto
Sin poderle contener;
Porque una madre es tesoro
De cariñosa ternura,
Fuente de amor y ventura
Para aquel á quien dió el sér.

Ella, con cariño inmenso,
En su regazo nos mece,
Y su ternura se acrece
Al mostrarnos la virtud;
Ella llora si lloramos
Alguna ilusión perdida,
Y nos consagra su vida
De la cuna al ataúd.

Ella es la guía del hombre
Que un tiempo llevó en su seno;
Ella es de amores sereno
É insondable manantial;
Por ella al mundo venimos,
Por ella á Dios veneramos,
Por ella también logramos
El apartarnos del mal.

Por eso cuando algún día
Tirano dolor me embarga,
Y hace mi existencia amarga,
Aunque tan lejos de allí,
Corro pronto hasta su lado;
Todo entonces yo lo olvido,
Mi mal le cuento, y le pido
Un consuelo para mí.

Y al punto de amor henchida
 Mi pena entre ambos divide,
 Y logra al fin que me olvide
 Del pesar que me oprimió.
 Y á la ausencia torno luego
 Por más que á mi amor no cuadre,
 Llevando siempre á mi madre
 Grabada en el corazón.

Por ella de aqueste mundo
 En el revuelto océano,
 Todo al paso lo hallo llano
 Teniendo mi puerto allí;
 Y en mis pobres oraciones
 Por mi madre pido al cielo,
 Porque es ella mi consuelo
 Y mi solo amparo aquí.

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

Segovia. Marzo 1864.

GALERIA HISTORICA.

XX.

CARLOTA CORDAY.

El génio de la devastacion habia batido sus rojas alas sobre la Francia; ella, esa madre de gigantes que tantas veces ha admirado al mundo, se hallaba combatida por la tempestad. Luis XVI veia rodar en el polvo el cetro de sus padres, y al querer sujetar en sus sienes la real diadema, la encontraba trocada por el simbólico gorro frigio.

La Revolucion se cernia potente y destructora, un torrente de sangre, un rio de lágrimas cubrió por completo aquel suelo tan combatido; larga série de victimas y de verdugos, de mártires y de héroes se destaca de aquel fondo oscuro y vertiginoso, en que si algun resplandor atenúa la lóbrega oscuridad, es el resplandor del incendio, la tea sanguinolenta del desenfreno y de la locura.

La Revolucion se habia despojado de todos sus vestidos, y aparecia completamente desnuda; la idea habia cedido su lugar á la venganza: el grito de *libertad* se ahogaba bajo un diluvio de sangre, y los republicanos de la Gironda, hueste entusiasta y salvadora, habíanse visto arrollados por los miembros del Terror que, sedientos de esterminio, no veian ante sí más razon que el afilado tajo de la guillotina.

Barbaroux, Louvet, Buzot, esos ilustres girondinos, amenazados de muerte por la república, á

quien habian dado vida, buscan un refugio en Caen; y, dueños del campo, alzan sus orgullosas cabezas Robespierre, Danton y Marat, estos tres farisaicos caudillos, nunca hartos de sangre y jamás de crímenes satisfechos.

Horror y repugnancia inspiraban estos coaligados individuos, y terrible debia de ser la impresion que sus hechos causara, hasta en los pechos más sencillos y en los más virginales corazones.

Maria Ana Carlota de Corday, nació en la aldea de Lignières de una familia noble del departamento Orn. Huérfana á los doce años, entró en calidad de educanda en el convento de la Abadía de las Damas, pero arrojada del santo asilo por la revolucion, pasó al cuidado de una tia suya sexagenaria, y residente en Caen. Veintidos años habia cumplido, cuando era un modelo de belleza y virtud. De regular estatura, su talle elegante, su rostro peregrino rebosando vida y candor, sus ojos dulces, azules como el cielo de la mañana, su cabellera de oro, ofrecian un conjunto especial de atractivos irresistibles.

Carlota habia presenciado en Caen muchas de las asambleas de los proscritos, y en ellas comenzó á asombrarse sin comprender, por aquella persecucion sangrienta contra los girondinos. Los dominadores de la época aparecieron ante los ojos de la jóven como repugnantes vampiros, y en su corazón germinó un odio implacable á las hidras revolucionarias.

La lectura de la Biblia fué en Carlota más frecuente; extasiábase ante los episodios principales y marginaba con lápiz el triunfo de Judit y el Paso del Mar Rojo. Sus ojos habian adquirido un fulgor extraordinario, y su cabeza se alzaba altiva y firme.

Un dia se despide de su familia para marchar á Inglaterra, pero en el camino cambia de direccion y entra en París el 9 de Julio de 1793.

Marat, aquel nauseabundo santón, hiena feroz que se alimentaba de crímenes, horrible de cuerpo como de alma, se hallaba enfermo y no se presentaba en público; Carlota le pide por escrito una entrevista, prometiéndole revelaciones importantes, y por último se decide á visitar la vivienda del jefe del terror.

Hermosa y radiante de belleza cruzó las calles de París y fué á detenerse ante el palacio de Marat.

—¿El ciudadano Marat, puede recibirme? pregunta con dulce voz á los porteros, los cuales se resis-

ten á dejarla pasar; pero ella insiste; el eco de su acento llega hasta el gabinete donde Marat se halla bañándose, y el cual grita.

Dejadla pasar.

Carlota penetra en el cuarto del jefe republicano; este lanza á la jóven una mirada de asombrada complacencia, y á cuyo fuego se colora de pudor el rostro de Carlota; Marat se sienta en el baño, abarca con codiciosos ojos aquella gentil belleza, y comienza por preguntarle los nombres de los girondinos refugiados en Caen; Carlota comienza á enumerarlos; Marat toma un papel y los apunta con lápiz; terminado esto, «muy bien» esclama, y se prepara á tirar de la campanilla; entonces Carlota, rápida como un relámpago, saca del seno un cuchillo y lo clava en el pecho de aquel mónstruo.

—¡Soy muerto! grita Marat, y cae sin vida en el pavimento.

Carlota no huye; de pié y serena vé entrar en la estancia á la rugiente multitud que la insulta, la maltrata y pide á gritos su cabeza.

Ni la lobreguez del calabozo, ni los inícuos tratamientos de sus verdugos, bastan para arrancar á la mujer heroica un solo lamento: impávida escucha la lectura de su sentenencia de muerte y serena aguarda la hora de subir á la fatal carreta que ha de conducirla al patíbulo. Al atravesar la carrera del cadalso, mírasela de pié en el lúgubre carruaje, arrojando mirada de dulce tranquilidad sobre la irritada é inmensa muchedumbre; pisa con ligereza las ensangrentadas gradas del tablado, clava sus ojos al cielo, cae de rodillas junto á la fatal banqueta, inclina su cuello..... y su alma vuela al empero, rotas las cadenas de la existencia, por la cuchilla del verdugo.

El ejecutor toma de los cabellos aquella lívida cabeza, pocos momentos antes tan llena de vida y juventud, y al presentarla al estúpido vulgo, comete la infamia de pegarla una bofetada,—los espectadores pueden ver con espanto cubrirse de rubor aquellas pálidas mejillas, y un grito de indignacion contra el verdugo sale de todos los lábios.

Aparte de lo terrible de la accion, fijándonos solo en el noble afán y firmeza, en el entusiasmo heroico que dictó á Carlota tan asombroso sacrificio, bien hallaremos razon sobrada para colocar el nombre de la ilustre jóven junto á las célebres heroínas de todos los tiempos y países.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

LA LUNA Y LOS LUCEROS.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA A. M. DE F.

Por campos de azul y plata

Brillante cruza la luna,

Y en el fondo se retrata

De la apacible laguna.

Borda su manto de estrellas

Al dar sus pasos primeros,

Y de sus tiernas querellas

Brotan amantes luceros.

Así del cielo en la cumbre

Tu aliento de amor reciben,

Y reflejando tu lumbré

En tu amor sueñan y viven.

Y entusiasmada los miras

Y los cubres con tu manto,

Y cuando triste suspiras

Convierten su luz en llanto.

Que eres tú luna la egida

De sus claros resplandores,

Al par que ellos son tu vida

Y el amor de tus amores.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Valencia, 12 Abril 65.

UN LOCO DEL SIGLO XV.

(Conclusion.)

Su fama de caridad cundió de tal modo, que el loco se hizo el idolo de todas las personas de corazon, yendo á buscarle al hospital para darle crecidas sumas; y varios caballeros bien nacidos y educados en las máximas cristianas de nuestro Redentor, le compraron una hermosa casa, y luego otra más hermosa aún, que habia sido convento, situadas ambas en la renombrada cuesta de los Gomerres.

Allí se hizo un famoso hospital con salas para incurables, para enfermedades de cirugía, con divisiones estensas y suficientes, en términos que estuviesen apartados los contagiosos de los que sufrían más sencillos padecimientos.

También se instaló una casa para peregrinos y transeúntes desamparados; y era de ver, en esas noches heladas del crudo invierno, recogerse en un estenso salon, donde ardía una consoladora chimenea, infinidad de criaturas que bendecían al fundador de tan piadoso establecimiento.

Nadie llegaba á aquellas puertas que fuese desamparado.

Siempre sobraban allí los socorros y la caridad.

Un hombre solo habia llevado á cabo lo que muchos hombres de talento reunidos hubieran juzgado irrealizables quizás; pues solo cuando vieron todas las dificultades vencidas, tuvo Juan de Dios quien le siguiese en su empresa.

Así es que se hizo tan grande y superior en el suelo granadino, que al sufrir la última enfermedad, que debia concluir con su vida, acudían todos los señores más encumbrados de la provincia, á llevarle consigo para cuidarle en sus haciendas y sus palacios; pero él nada queria sino morir entre sus pobres; así es que se negó á separarse de ellos, y se le veia desfallecido y tembloroso por la enfermedad levantarse todavía á media noche, para ver si necesitaban algo sus queridos compañeros.

Viendo que con esta vida, sin descanso alguno, no se podia curar el que tal falta hacia, doña Ana de Osorio, esposa del ilustre caballero García de Pisa, hizo que el arzobispo interviniese en ello, y este excelente varón reconvino al Santo por el descuido en que dejaba su salud; y le obligó á que le llevasen á casa de aquella buena señora, que, en union de su esposo, se constituyeron en enfermeros del Santo.

Dicen las sagradas crónicas, que el día en que sacaron á San Juan de Dios de su hospital para conducirlo á casa de doña Ana, los pobres rodearon la silla donde se le conducia, y unos besaban sus piés, otros sus manos, otros se afianzaban á sus rodillas porque no le separasen de él, y dos murieron de dolor en el acto, diciendo á grandes gritos:

—Si nos llevan á nuestro bienhechor, ¿por qué nos dejan la vida?

El Santo lloraba y los bendecía, y tendia hácia ellos sus descarnados brazos, diciendo:

—¡Quedad en paz, hijos míos, y si no nos viésemos más, encomendadme á Nuestro Señor!

Y así sucedió en verdad; pues se le llevaron desmayado por la emoción, para no volver á cruzar aquellos umbrales, que tantas veces habia cruzado conduciendo en sus hombros algun infeliz.

Los buenos señores que se habian llevado joya de tal valor á su casa, le cuidaron mucho, y trajeron los más hábiles doctores para verle.

El infeliz pordiosero vió en los últimos instantes de su vida todo lo religioso y noble de la ciudad de Granada rodear su lecho, y la última misa que oyó

fué dicha en su cuarto, por el ilustre Arzobispo don Pedro Guerrero: pero cuando conoció que llegaba su agonía, suplicó humildemente á todos que le dejasen reposar un rato; entonces se levantó, se vistió su hábito, y se puso de rodillas á orar por sus pobres, no sin dejarles antes encomendados á Anton Martín, que fué su sucesor.

De rodillas estuvo el Santo muchas horas; pues la gente de la casa que se asomaba á verle, juzgándole en oración, se retiraba luego; pero estaba muerto, casi desde que se puso á orar.

Cuando vieron que la noche avanzaba y no se levantaba de aquella postura, se acercaron á él, y le encontraron ya frio por el hielo de la muerte; pero sonriendo, como el que sueña con una idea feliz.

El 8 de Marzo de 1550 espiró el célebre *loco* que tanto martirizó el pueblo estúpido, por quien tanto se sacrificó él despues.

Cincuenta y cinco años contaba cuando bajó al sepulcro aquel sagrado sér, tan digno de ser loado y querido por todas las almas cristianas.

Su entierro fué de lo más notable; pues, sin hacer convite para él, no faltó una comunidad, ni un individuo del cabildo, ni los pendones ni cruces de las cofradías, ni ninguna orden religiosa, ni menos el Sr. Arzobispo de Granada, que iba siguiendo el féretro, con los ojos arrasados de lágrimas.

Pero lo que ofrecia el cuadro más edificante de esta procesion fúnebre, eran los pobres del hospital del Santo, que, enfermos y sanos, todos acudieron en tropel derramando copioso llanto, á acompañar el cuerpo de su querido bienhechor.

Hombres, mujeres y niños, todos acompañaron aquel cuerpo glorioso á la iglesia, y luego tornaron con él, hasta darle sepultura en la casa de los señores Pisas, donde, á pesar de los siglos que han transcurrido, acude un gentío inmenso, siempre que llega el 8 de Marzo, á oír misas y recitar oraciones á la memoria de San Juan de Dios.

Hé ahí un *loco*, que el mundo respeta despues de tantas generaciones, como no respetarán muchos hábiles que solo saben decir *que es malo el mundo*.

Hé aquí una leccion profunda para ese populo que apedrea ciertas criaturas desgraciadas, sin acordarse que el reino de Dios es de los humildes y los pobres.

ROGELIA LEON.

EL SACRÍLEGO.

CUENTO DEL SIGLO XVI.

ESCRITO POR JULIAN CASTELLANOS.

La noche de Todos los Santos.

I.

Mediaba la noche del 1.º de Noviembre de 1555: la luna veíase cubierta de continuo por informes grupos de nubarrones grises que la robaban su luz, y la ciudad de Toledo, envuelta entre una espesa y húmeda neblina, yacía silenciosa y triste como un sepulcro.

Ni rondas ni enamorados veíanse por sus calles tortuosas; es verdad que lo inclemente del tiempo y la arraigada creencia de que en tal noche era facilísimo toparse de manos á boca con algun alma en pena, ó algun aparecido, retraían de salir aun á los más osados.

Pero, á pesar de todo, en la calle de la Sinagoga, junto á las paredes de una casa de suntuosa fábrica, sobre cuya entrada principal ostentábase un arrogante escudo de mármol, hallábase un hombre, cuyo rostro desaparecía entre el embozo de su capa.

Poco miedo aparentaba tener á los aparecidos, segun lo tranquilamente que yacía reclinado, semejándose más á una estatua que á un sér viviente, cuando el áspero crujir de las maderas de una ventana le hizo abandonar su punto, y acercarse á una gran reja.

—Buenas noches, Sr. D. Diego, exclamó con voz cascada y temblorosa una vieja dueña, que se dejó ver en el entreabierto postigo.

—El diablo cargue con vos, señora Berta; replicó el embozado.

—Yo creí que pensábais tenerme tomando el fresco toda la noche.

—No fué mía la culpa, Sr. D. Diego; como hoy es costumbre rezar por los difuntos, mi dueño, el señor don Lope, se ha recogido tarde, y la señorita ha estado indecisa largo rato antes de consentir en acceder á vuestra demanda.

—¿Pero al fin?...

—Al fin mis razones la han convencido, y la pobreilla os espera en el pabellon del jardin llena de impaciencia y de amor.

Esta es la llave de la puerta, que, como sabeis, da á una calleja vecina; tomadla, y que el cielo os depare fortuna y felicidad.

—Gracias, Berta, replicó el caballero, apoderándose de aquella llave, y dejando caer en cambio una bolsa repleta de escudos en la mano de la dueña, se separó de la reja murmurando en voz baja.

—D. Diego, esta es la mejor aventura que habeis llevado á cabo en vuestra vida: doña Luz es indudablemente la más noble y más garrida doncella de Toledo.

Alarcon y Paredes pierden la jornada: la fortuna sigue ahora, como siempre, concediéndome sus favores.

II.

Para la mayor inteligencia de los hechos, preciso es que retrocedamos algunos meses, y penetrando en uno de esos deliciosos y poéticos cármes que se conocen en Toledo con el nombre de *cigarrales*, asistamos á un banquete que en uno de ellos se celebra.

Era la tarde de uno de esos hermosos y apacibles dias de otoño, que se disfrután en la ciudad de Padilla, en donde compite, indudablemente, esta estación con la primavera en lo apacible y benigno del clima.

En una espaciosa estancia, de una de esas pintorescas posesiones á quien el manso rio salpica con sus espumas, veíanse alrededor de una mesa llena de succulentos manjares y de escelentes vinos, cuatro jóvenes y bizarros caballeros.

Hacia los honores de la fiesta el dueño de aquella deliciosa huerta, el noble D. Diego de Silva, recientemente venido de América, en donde, segun de público se dice, habia llevado á cabo grandes hazañas, regresando á su patria con un caudal inmenso, conseguido á costa de horribles cicatrices.

Medio año, poco más, llevaba en Toledo, y su nombre era pronunciado con respeto por los valientes á quienes habia ya hecho conocer que su brío y su intrepidez no eran nada comunes, y con tanto entusiasmo por las damas, como con horror por los padres y maridos, á quienes no diera poco que hacer con sus traviesas aventuras. D. Diego era, pues, el alma de las pendencias, el jugador más afortunado, apaleador de rondas y el amante más rendido, pero al paso el más inconstante que encerraba en sus muros la ciudad egregia.

Sus amigos eran tambien del mismo temple; de forma, que el juego, el amor y las riñas, eran sus más favoritos pasatiempos.

Pero escuchemos su conversacion, que es lo que más nos interesa para la mejor inteligencia de nuestro cuento.

Encontrábanse en ese momento de las comidas en que los manjares han casi desaparecido, y los espumosos licores, hirviendo en las copas, comunican calor á los cerebros y facilidad á las lenguas.

Las mujeres, esa dulce y bella mitad del género humano, tan débil como hermosa, eran las que hacían el gasto en el momento que les oímos.

Cuántas damas existían en la ciudad, sin escepcion de alcurnia ni de estado, salían á plaza en aquella animada plática; y las historias más íntimas, referíanse con ese aturdimiento y esa irreflexion propios de la juventud.

D. Diego usaba tiempo hacia de la palabra refiriendo á sus comensales sus últimos lances amorosos.

—Graciosa es en extremo esa pasada que jugásteis á la linda platera, amigo D. Diego, exclamó, apurando una copa de Jeréz, D. Luis de Paredes; pero no habíais salido tan airoso en la empresa, si la heroína, en vez de ser la esposa de ese viejo genovés, fuera la garrida doncella doña Luz de Albornoz.

—Es verdad, replicó D. Félix de Alarcon; doña Luz es una hermosísima perla escondida aun en su concha; es una blanca tortolilla encerrada en jaula de oro, de tal manera, que está muy lejos del alcance de nuestros tiros.

Su padre la guarda con el mismo afán que un avaro su tesoro; y lástima grande es que una flor de tan delicado aroma, destinada se encuentre á ser poseída por ese fátuo D. Álvaro, sobrino del primer inquisidor.

Pero, ¿qué hemos de hacer sino aparejar paciencia? Las cosas imposibles de evitar se olvidan; porque, de recordarlas, no se consigue mas que desesperarse.

Doña Luz es una conquista imposible.....

—No digáis eso, amigos míos, exclamó D. Diego terciando en el debate; ninguna mujer es imposible de conquistar si el hombre tiene valor, constancia y dinero.

—El hacerse amar de doña Luz, será una cosa difícil, pero imposible no lo creais.

—¿Os atreveríais, amigo Silva, á intentar esa empresa?

—¡Y por qué no, Paredes!

—Afortunado sois, y reconocido tengo que ante

nada cede vuestro corazón si empeño poneis en conseguir un objeto; pero os apostaría de muy buena gana otra comida igual á esta, á que no alcanzais haceros amar de una doncella, por mas que despleguéis todos vuestros recursos.

—Somos de la opinion de Paredes, exclamaron los demás circunstantes, clavando en D. Diego sus burlonas miradas.

—Se acepta el partido, señores, siempre que me concedais el tiempo que os pida.

—No hay dificultad alguna. ¿Cuántos días queréis?

—Dos meses.

—¡Largo la echais!

—Se encuentra la plaza ocupada, amigos míos, y hay que arrojar de ella al enemigo.

—En verdad, y que el sobrino del inquisidor no es hombre que se deja con facilidad soplar la dama: os concedemos, pues, un plazo.

Ahora, señores, brindemos á la salud de la futura víctima de D. Diego.

Las copas se apuraron, y los aturdidos jóvenes prosiguieron sus libaciones, hasta que el alba mostró en el cielo sus primeros fulgores.

III.

Al día siguiente, el de Silva empezó á preparar el terreno, decidido á salir airoso de su empeño; pero multitud de dificultades se oponían á sus propósitos.

La casa de doña Luz hallábase siempre cerrada á piedra y lodo, y únicamente el inquisidor general y su sobrino penetraban en ella.

Si la joven salía á la iglesia, su padre, y una dueña, grave y severa como un cancerbero, eran sus únicos acompañantes.

Jamás ventana ó celosía abríase en oscureciendo, y solo poco despues de oraciones el pesado porton giraba, y el presunto esposo de la niña salía acompañado hasta el umbral por un viejo escudero, que tenía las veces de portero y marmiton.

D. Diego vió deslizarse los días rápidamente sin que sus tentativas por ponerse en comunicacion con los de la casa produjesen resultado alguno.

—Pues, señor, esto va mal, muy mal, dijo para sí el de Silva; es necesario quitar los estorbos que me embarazan el paso, y como el primero y principal es el novio de esa niña, empecemos por deshacernos de él.

Á la noche siguiente, los vecinos de la calle don-

de vivía el inquisidor, alborotáronse al áspero crugir de dos espadas.

La contienda fué corta; una ronda acudió, y hallaron moribundo al prometido de doña Luz, hendiéndola la cabeza de una terrible cuchillada.

El agresor había desaparecido sin que nadie le conociera.

IV.

Una semana hacia que ocurrieron los últimos sucesos, y la causa de D. Diego había mejorado notablemente.

Berta, la dueña terrible y regañona que acompañaba siempre á doña Luz, tenía su flaco como todos los mortales: el de Silva le había descubierto, y, astuto, sacaba partido de él.

Una codicia sin límites, una sed insaciable de oro, abrasaba el corazón de aquella especie de momia, á quien la mano del tiempo arrugó como á una pasa.

Á esto, unía un afán incesante de aparecer como devota y caritativa, de tal manera, que pasaba la mayor parte del día en la iglesia, y repartía limosnas á cuantos pordioseros hallaba á la puerta del templo, siempre que su acción podía ser admirada.

El de Silva empezó, pues, á asistir todos los días á la catedral á las mismas horas que la gazmoña dueña, á quien no pudo menos de sorprender la devoción de aquel gallardo y distinguido mancebo, que con la más afable sonrisa la ofrecía, al despedirse, el agua bendita, con una mano blanca y perfumada, como la de la más aristocrática dama.

Nueve días habían transcurrido de esta manera, cuando al terminar Berta sus oraciones y acercarse como de costumbre á la pililla, D. Diego dijola con el acento más devoto:

—Noble señora, hace poco más de dos años que me encontraba en América luchando como bueno por arraigar en aquellas apartadas regiones la luz de la fé cristiana y las ventajas de la civilización.

Pues bien; allí, en una de las veces que me embarqué, una terrible tempestad asaltó á nuestro buque. Cuantos esfuerzos hicieron por evitar el naufragio fueron inútiles, pues una ola, arrastrándole como á una débil cáscara de nuez, le estrelló contra un promontorio de peladas rocas.

—¡Jesus! ¡Jesus!....

(Se continuará)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Con las telas espesas que comienzan á mostrarse,

podemos preveer la vuelta de la forma princesa, cuyo modelo enteramente cortado en punta no es admisible para telas ligeras; se necesita la caída del *moiré*, el *poult de soie*, la *popelina*, etc., para obtener los grandiosos pliegues y el efecto de este corte, siendo también indispensable un *miriñaque* especial para que no se adivine el movimiento de los aros de arriba con una falda enteramente plana.

En este momento la moda predica sencillez, afirmando que este invierno no tendrán los trajes espléndidos necesidad de adorno; creemos que sobre este capítulo será más prudente aguardar antes de pronunciarse, pues cuando nuestras elegantes admiren las magníficas pasamanerías preparadas para adornar sus trajes, ¿tendrán acaso valor para resistir? nos parece que no.

La doble falda está en alza: con ella es imposible no guarnecer, al menos la segunda, y en este caso, ¿cómo no recordar algo el adorno sobre la primera? Ya lo veis, lectoras queridas, la pasamanería, el encaje y todos los elegantes accesorios son una tentación que triunfará fácilmente de vuestras bellas resoluciones de sencillez.

Se nos hace presentir veremos este invierno los cuerpos cuadrados, aunque escotados, para *semi-toilette* adornada, de comida, espectáculo ó sociedad. Es la forma imperio bien subido sobre los hombros y sumamente baja por detrás y por delante con la manga escesivamente corta, pero sin colocar bajo de ella, como suele hacerse, otra manga larga de tul algo hueca y cerrada por el puño, porque no es nada gracioso. Con cuerpo escotado y sin *fichú*, debemos confesar que nos parece horroroso.

Volviendo á nuestros cuerpos, algunos altos por detrás, afectan un poco el cuadrado por delante. ¿Y qué diremos de esta forma? Que pueden soportarla muy pocas, estando vedada á las delgadas, porque recoge el pecho, imprimiendo un aire mezquino á las que la adoptan.

Tampoco sienta muy bien, que digamos, á las gruesas, siendo preciso para arriesgarse á ella sin perder, alcanzar la perfección del justo medio, lo cual no impedirá á todas el admitirla, si se declara como moda.

Tenemos á la disposición de nuestras bellas las siguientes conjuntos de trajes.

El primero en *poult-de-soie* negro, sembrado de estrellas punzó, á dos faldas; en el bajo de cada una de ellas un entredós de encaje negro [sobre traspa-

rente punzó, y la segunda drapeada en cada paño por medio de una muletilla. La casaca igual y guarnecida del mismo modo, tiene largas aldetas formando cinco puntas recortadas, guarnecidas de encaje y cinta. El sombrero de forma imperio es de encaje negro con coronita de geranio alrededor del copete y una caída sobre el lado.

El segundo es de viage, en foulard de la India, fondo maíz con pequeña greca negra. En el bajo de la falda lleva cuatro vieses de tafetan negro y dos la casaca, igual todo alrededor; luego un cinturón colocado sobre ella, negro, con artística placa. El sombrero redondo, lleva un largo echarpe de encaje negro y un pájaro en medio.

El tercer traje, sumamente rico en *poult-de-soie*, yerba doncella.

La falda es á cola, y el cuerpo alto cuadrado; un entredós de encaje Cluny sigue su contorno, continuando sobre los lados, y volviendo de modo que forma puntas de vesta de caza sobre la falda. Otro entredós guarnece el bajo de esta, remontando por ambos lados del paño delantero, y dejando el espacio de en medio para llenarlo con brandebourgs en guipure: las mangas son de codo. Sobre este traje se coloca un cuello de felpa blanca doblado, de felpa yerba doncella, completando el conjunto un sombrero con pájaro de igual color y largo velo blanco.

Terminaremos con un traje de sociedad para una joven.

Es de gasa de seda azul muy pálido y á dos faldas; sobre la primera van unos pequeñísimos ruches iguales bordeados de tafetan blanco y colocados al viés. La segunda es recortada á dientes muy hondos, y lleva en el bajo cinco pequeños ruches que siguen las ondulaciones, terminadas por un fleco thibet blanco que descende sobre la primera falda. El cuerpo de escote cuadrado se guarnece con un ruche que lo encajona, y con una franja descendente. El cinturón azul es á caídas por detrás, guarnecidas de franja; mangas cortísimas con otras de tul á puño cerrado. El prendido se compone de tres terciopelos azules rodeados de lirios.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DE LA LÁMINA DE CONFECCIONES que repartimos con el último número.

Primera figura. *Fortuna*.—Salida de baile. Es de raso, color fuerte, forrado de raso blanco, recortados los bordes en ondas, fijándose en cada una un

bordado oriental; vestido moiré blanco, adornado con tiras de terciopelo que forman ondas y bandas encima.

Segunda figura. *Casaca záfiro*.—Es de terciopelo, ceñida al talle y adornados los lados de pasamanería de guipure que caen todo lo largo, separadas una de otra por hileras de botones. Los jockeys, y vuelta y tira del cuello son de pasamanería. Cinturón lo mismo, con lazo y caídas atrás que terminan en borlas. Vestido de *poult-de-soie*, con una ancha banda denteada, que adorna el bajo. Sombrero imperio, con ala de raso bullonada con hojas de terciopelo rodeada de una corona de plumas.

Tercera figura. *Paletot Fioreta* en paño de terciopelo con rulos de Astracán, formando tirantes que se prolongan todo lo largo del abrigo; botones en el talle; vestido de popelina; sombrero de fieltro con largo velo.

Cuarta figura. *Fanfreluche*.—Paletot de terciopelo con capuchón, para niña de seis años. Está sencillamente rodeado de un grueso cordón de pasamanería. Vestido de terciopelo. Sombrero redondo de terciopelo con lazo saliente, rodeada de un largo echarpe de tul, retenido en un lado por una garzota. Botinas rusas de terciopelo.

Quinta figura. *Casaca Aika* de terciopelo, adornada de dos grandes rulos de cisne, que entre los cuales hay un intervalo lleno de unas flores bordadas sobre el terciopelo. Vestido de moiré. Sombrero de terciopelo con el borde del ala encañonado. Flores y lazos detrás. Manguito de cisne.

Sexta figura. *Paletot Noema*, en terciopelo, con capuchón muy adornado de guipur y de pasamanería. Está abierto por detrás y por los lados, en cuyas aberturas se cruza entrelazándose un cordón de seda. Una guarnición de guipur rodea por debajo el abrigo. Vestido de raso, adornado de terciopelo. Sombrero de raso, con un pájaro sujetando un echarpe de tul. Rodea el ala una cadenilla de monedas.

Sétima figura. *Albornóz Fenella*, en paño, adornado de pasamanería y borlas. Vestido de tafetan, guarnecido de terciopelo. Sombrero de raso, y terciopelo, el fondo le forma un lazo de terciopelo; velo largo.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.